

KUEBIKO

Miguel Ángel Carmona del Barco



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

PRE-TEXTOS

Un jurado compuesto por Ramón Vilar Zanón (presidente), Marta García Pastor (secretaria), María García-Lliverós, Fernando Larrauri, Juan Marqués y Rosario Raro (vocales) acordó conceder el Premio “Vicente Blasco Ibáñez” de narrativa en castellano, de los XXXV Premios “Ciutat de València”, a la novela *Kuebiko*, escrita por Miguel Ángel Carmona del Barco.

En coedición con



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos
Imagen de la cubierta: © Miguel Ángel Carmona del Barco

1ª edición: febrero de 2018

© Miguel Ángel Carmona del Barco, 2017
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS (S.G.E.), 2018
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-17143-28-2
DEPÓSITO LEGAL: V-82-2018

ByPrint Percom, S.L. T. 619 232 753 Picasent (Valencia)

*A Cecilia y a mi padre, que se cruzaron
en la frontera*

«Kuebiko: n. Estado de agotamiento inspirado por un acto de violencia sin sentido, que te obliga a revisar tu concepción de lo que puede ocurrir en este mundo antes de apuntarte en su centro, como un viejo espantapájaros que estalla dentro de sus costuras, pero que carece de poder para hacer cualquier cosa que no sea quedarse ahí y observar.»

JOHN KOENIG. *Diccionario de oscuros padecimientos*

*«Dance me to the children who are asking to be born
Dance me through the curtains that our kisses have outworn
Raise a tent of shelter now, though every thread is torn
Dance me to the end of love.»*

LEONARD COHEN. *Dance me to the end of love*

«No se puede vivir la libertad allí
donde hemos vivido nuestra esclavitud»

IMRE KERTÉSZ. *Yo, otro*

ULISES

I

Mamá mirando a través de nosotros al bosque calcinado. Mamá levantando la vista hacia las cigüeñas que nos sobrevuelan antes de marcharse como nosotros, pero con un rumbo más definido y muchas más esperanzas de regreso.

Mamá moviendo la mano y yo sin saber si es consciente de que nos vamos, de quiénes somos en realidad; de que ésta será la última vez que nos veamos, si es que nos ve con sus ojos que se achican, brillan y después se apagan, como una bomba de racimo en la madrugada.

Tú moviendo la mano y clavándome las uñas en el brazo para evitar gritar y calcinarte como el bosque; para evitar gritar y llevarte una ráfaga de los soldados que juegan a las cartas, o a lo mejor leen cartas, trescientos metros más allá, en la trinchera junto al bosque calcinado y negro.

Mamá, en mi imaginación, sentada bajo el porche de una bonita residencia en una mecedora con una manta tejida por ella misma sobre las piernas, un libro entre las manos, un sol de yema tostada enrojeciéndolo todo, sonriendo detrás de sus gafas de montura al aire.

Mamá, en la realidad, sentada en el borde del remolque con las piernas colgando, descalza de un zapato, sin gafas ni libro ni manta, rodeada de gente gritando, llorando o absorta en el sol de yema tostada que no consigue enrojecer el gris de la tarde. El remolque arrancando con un bramido y un gorgoteo y después otro bramido más fuerte, y un tirón que tumba a la mitad de los que están con mamá en el remolque, pero no a ella. Mamá moviendo la mano, como si estuviera en el porche de una residencia.

Y tú, papá, que no dejas de buscar el zapato con la mirada llena de llanto mientras dices una y otra vez que ahora mismo lo llevaba puesto,

y que ahora mismo lo llevaba puesto, aunque mamá ya es un punto en el horizonte y el remolque un punto más grande hecho con puntos más pequeños, y el horizonte una línea donde van a perderse todos los puntos de esta ciudad que abandonamos sin que nuestros soldados lo sepan. Aunque nuestros soldados simplemente intentan no saber para no tener que matar a más padres —para no tener que matar más veces a su padre, porque todos los padres son el mismo—, y juegan a las cartas gritando y sin asomarse por encima de la trinchera cada tarde, de ocho a ocho y cuarto, para que los que queramos podamos irnos. Ellos lo hacen por eso, y sus superiores se lo permiten porque los traficantes necesitan una grieta por la que colar su mercancía, por la que trashumar con su ganado, y les pagan bien ese cuarto de hora para convertirlo en cañada real.

Y tú, papá, que cuando el resto forma ya una hilera silenciosa y oscura hasta la linde del bosque calcinado, echas a correr en dirección al remolque y yo temo que te hayas vuelto definitivamente loco (como espero que te vuelvas desde hace ya unas semanas) y que me hagas ir a por ti, golpearte, cargarte, o bien dejarte aquí pero después de haberme asegurado de que es en verdad lo que quieres. Y temo que, para cuando retome el camino del bosque, pase un minuto de las ocho y cuarto y un soldado que no quiere volver a matar a nadie (o que acaso no haya matado a nadie todavía y no quiera que eso cambie) asiente el fusil sobre su hombro y me abra en el pecho un agujero por donde quepa el brazo de un niño, como el que le hicieron a Pablo.

Pero frenas en seco, a diez o doce metros de mí. Te agachas y coges un zapato que los dos conocemos bien, blanco y de tacón bajo, ahora manchado de barro como mínimo, y me miras sin creer que pueda haber estado ahí todo este tiempo, que han sido minutos, y no lo hayamos visto; y sé que lo que más te duele en este momento es imaginártela descalza de un pie, donde quiera que la lleven, y te lo guardas en la mochila; te guardas el zapato en la mochila, como si así te llevaras a mamá, o simplemente por no tirarlo al suelo como si tirarás a mamá.

La hilera nos lleva mucha ventaja y tenemos el tiempo justo para llegar a la linde del bosque antes que las balas de los soldados. Ahora que miro el suelo veo más zapatos, y rebequitas, y envoltorios de chocolatinas

y latas de refresco y botellas de agua. Todo forma la estela de un cometa que orbita alrededor de esta ciudad que dejamos y cuyo núcleo está compuesto de gente que no quiere irse ni quedarse, pero que sabe que sólo tiene quince minutos para llegar a la linde del bosque calcinado.

Eres viejo, papá. Muy viejo para este viaje. Recorres los diez o doce metros de vuelta hacia mí tan lento como rápido los hiciste hacia allá. Es la fuerza de la gravedad la que te retiene. La gravedad de este viaje. Espero hasta que llegas a mí y te agarro con violencia del brazo. Te asustas, pero tiro de ti sin compasión.

—¡Vamos, papá! ¿Quieres que nos maten?

Levantas a la vez el brazo y la mirada y me das un guantazo que me hace volver a tenerte miedo. De nuevo me dejas caer la palabra «cobarde» a los pies, y me adelantas camino del bosque.